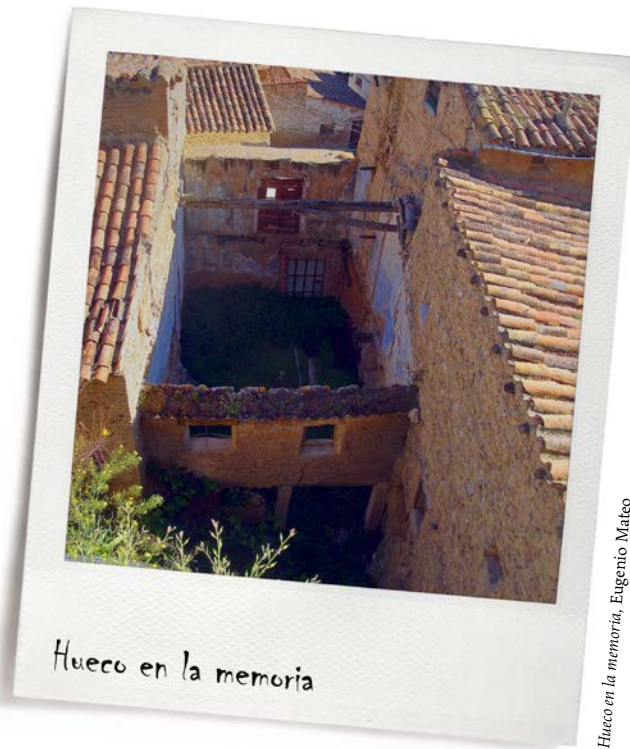


# Memoria y desmemoria

## El olvido

Áurea Galán de Silua

El artículo nos ofrece un muestrario de situaciones que demuestran la fragilidad e inestabilidad de nuestra memoria.



Resulta esclarecedor el hecho de que los primeros textos que conocemos hayan sido realizados para conservar la memoria de sucesos pasados, como si tuviésemos la sospecha permanente de la fragilidad de nuestros recuerdos.

De no ser por unas tablas de arcilla de escritura cuneiforme, jamás hubiésemos conocido la existencia de Gilgamesh. Sin la Piedra Rosetta los egipcios pronto habrían olvidado —y nosotros hubiésemos ignorado completamente— que a Ptolomeo V se le debía culto divino, según proclamaron los sacerdotes de Menfis.

Nuestra memoria es tan sospechosa que nos vemos obligados a mantener agendas de compromisos con especificaciones sobre horas y días. Sabemos que ni siquiera aquello que almacenamos como recuerdos pertenece a una realidad objetiva.

Dice Federico Martín, filósofo de vocación y cuentista de profesión, que el mayor invento de la humanidad es el alfabeto, porque gracias a la combinación de apenas veintiocho signos, es posible transmitir conocimientos de una generación a otra.

Nuestra débil memoria se evidencia en la necesidad de levantar actas de cada encuentro significativo, de cada decisión tomada en grupo. Hechos tan cotidianos como el nacimiento, el matrimonio y la muerte, se reflejan fielmente en nuestras modernas sociedades, en aquellas en las que no se contempla esta opción, es común que las personas ignoren la edad que tienen.

Pasamos buena parte de nuestro tiempo buscando las llaves de nuestras casas y de nuestros coches, adquirimos el hábito de guardarlas

siempre en el mismo lugar porque somos conscientes de que si las dejamos en cualquier lugar distinto, corremos el riesgo de quedarnos en la calle a pasar la noche.

El despiste es una excusa generalizada. Extraviar un documento importante no es un hecho excepcional. Perder los guantes, los paraguas, los pañuelos, las maletas, las carteras y los bolsos, es tan común, que en todos los establecimientos existen departamentos de objetos perdidos: son como museos, como mapas de nuestro olvidadizo cerebro.

Somos tan despistados que hemos creado a través de los tiempos sistemas para recordar, desde el primer nudo en una cuerda, hasta llegar a los modernos sistemas tecnológicos, todo nos indica que no nos podemos fiar, demasiado, de nuestra memoria.

Y a pesar de todas estas evidencias, a menudo, nos encontramos dispuestos a comprometer nuestra estabilidad emocional, en una discusión, por una diferencia en los recuerdos, o por un olvido.

Una de las mayores ofensas de la que podemos ser objeto es el olvido. La distracción de una fecha significativa para un ser querido, es causa común de serios conflictos.

Es un lugar comúnmente aceptado que morimos dos veces, la primera vez por caducidad de nuestro cuerpo físico y la definitiva, cuando nos han olvidado.

Honrar la memoria de los seres queridos y fallecidos ha dado lugar a ciudades paralelas donde descansan por siempre jamás; la mayor parte de las veces, los cementerios albergan más individuos que las ciudades vivas.

Somos tan conscientes de que nuestro paso por la tierra es efímero e inconsistente que el objetivo de muchas personas de nobles sentimientos es impedir que esto suceda. Los legados, las donaciones, los premios, los monumentos se encargan de esta tarea.

Empezamos a perder objetos a edades tempranas, los parques públicos infantiles son los testigos de minúsculos dramas, no es raro tropezarse con unos padres mirando obsesivamente entre los matorrales y las montañitas de arena, mientras una criatura llora inconsolable a su lado.

El terror de todo estudiante es “quedarse en blanco” frente a una hoja de examen, también es el pánico de todo conferenciante, profesor o actor.

Poseemos un extenso vocabulario para referirnos a las personas olvidadizas: distraídas, despistadas, tarambanas, aturcidas, descabezadas, atolondradas...

El hecho de que la mayor parte de los aparatejos que utilizamos posean su propia memoria nos ofrece una clara dimensión del problema.

Somos desmemoriados sistemáticos. De hecho, recordamos lo que preferimos recordar y olvidamos, sin ningún tipo de reparo, todo aquello

que nos incomoda gravemente.

En las fases de enamoramiento, al repasar las situaciones, ponemos el énfasis en los recuerdos positivos, una vez finalizado el ciclo, recordamos religiosamente lo contrario.

El adolescente que ha soportado durante años, con la vista clavada en el suelo y las lágrimas a punto de brotar, regañinas, cuyo objetivo eran preservar la integridad física y emocional, se rebela de repente. Ya no considera a sus padres magníficos seres extraordinarios que velan por su bienestar, ahora se han convertido en dragones caprichosos, a los que hay que combatir a sangre y espada. Ya no hay vuelta atrás, cualquier cosa que digan los mayores carecerá de sentido y será utilizado en su contra. Olvidará —y rechazará— las caricias, el cuidado y la atención.

## “Somos desmemoriados sistemáticos.”

En el caso de las rupturas de parejas o amistades, sucederá lo mismo. El individuo recordará —o más exactamente, recreará negativamente— las situaciones de humillación que se han sucedido a lo largo del tiempo de la relación, poniendo entre paréntesis indefinido todos los aspectos positivos de la misma. Una de las emociones que mayor dolor nos causa es el rencor. Y el rencor, está basado en la memoria.

Misteriosamente, en el caso de que resolvamos la relación de pareja o amistad, no tendremos inconveniente alguno en hacer un puente y conectar con nuestros recuerdos y emociones positivas, con respecto a la persona en cuestión.

Carecemos de objetividad, porque carecemos de memoria. Si buscamos la corroboración de nuestra línea de pensamiento, olvidaremos, aunque tengamos conocimiento de ello, las pruebas en su contra.

Así pues, llegamos a la conclusión de que nuestras emociones in-

terfieren en la objetividad de nuestros recuerdos. Y sabemos que nuestra memoria a largo plazo está condicionada por nuestras emociones. Nuestras primeras memorias serán olores, el tacto de los brazos de la madre, los sonidos y la luz, a partir de esa memoria sensorial recrearemos el resto de los recuerdos de nuestra primera infancia.

“Todo lo que somos es memoria”, según mantiene Antonio L. Manzanero, profesor de la Facultad de Psicología de la UCM, que argumenta su afirmación en el hecho de que aquellas personas con patologías o daños que afectan gravemente a la memoria tienen dificultades para definirse a sí mismos, saber dónde se encuentran y saber qué hacer. Manzanero informa del caso de W.T. (una cuestión de identidad), que ante la incapacidad de recordar su pasado continuamente se inventa uno.

Estamos tan preocupados por la memoria que hemos inventado la fórmula de la “Curva del olvido” para intentar medir el tiempo que podemos retener ciertos conocimientos, o acontecimientos.

Los factores que intervienen en la fórmula de la retentiva son: la intensidad relativa del recuerdo y el tiempo del “decrecimiento exponencial”. Recordamos el 50% un día después, un 30% al segundo día y el 3% al cabo de una semana.

La fijación en nuestra memoria está supeditada a la repetición. De ahí los constantes repasos que debemos realizar en las materias que estudiamos. La velocidad con la que olvidamos depende de si es absurdo o tiene sentido, su representación y factores fisiológicos como el estrés y el sueño.

Sabemos que la memoria está compuesta de pequeños recuerdos, el resto nos lo inventamos. Y dado que tenemos el privilegio de reinventar nuestras experiencias pasadas, hagámoslo del mejor modo posible para con nosotros mismos y para aquellos que nos acompañan en este corto viaje que llamamos vida.